

Índice

Presentación	09
Epistemología y política	15
El mito republicano frente a las repúblicas reales	46
El “problema de España” y el régimen del 14 de Abril	86
La ruralidad y el estado español	92
El desarrollismo económico en el Directorio Militar (1923-1930)	118
La cuestión agraria durante la segunda república	133
La II república como estado cultural	186
Patrimonios culturales y orden concejil	199
La solución institucional al “problema España”	225
La segunda república española en sus actuaciones	239
La cuestión religiosa	275
Más sobre la represión republicana contra las clases trabajadoras	291
La instauración del estado republicano policial	328
La resistencia proletaria y popular a la segunda república	340
La disidencia obrerista y nacionalista	343
El frente popular contra la revolución popular	387
La segunda república y las mujeres de las clases populares	422
El colonialismo republicano en Marruecos	471
La segunda república, la economía y el capitalismo	489
Euskal Herria y la segunda república española	506
Epílogo	553

La intelección objetiva de la II república española debe realizarse en el contexto del análisis demostrativo del ciclo histórico en el que está incluida.

Éste comienza con el ascenso de la Ilustración en el siglo XVIII, sigue con la Constitución de 1812 y el conjunto de la revolución liberal, cuya finalidad primera era arrebatarse a los diversos pueblos peninsulares lo que todavía subsistía de las instituciones asamblearias y consuetudinarias de autogobierno local y, al mismo tiempo, expropiarles millones de hectáreas de tierras, así como otros muchos medios de producción, con la desamortización civil. Continúa con la definitiva constitución de una clase propietaria, burguesa, a la sombra del Estado español y bajo su tutela, prosigue con el fracaso de España como potencia colonial, en 1898, y desemboca en la triada de regímenes políticos que van a intentar poner remedio al “*desastre*” colonial operando sobre sus causas, el directorio militar de Primo de Rivera, la II república y el franquismo.

El logro número uno, a la vez que fuerza agente primera, de la revolución liberal fue un Estado (ejército, policía, sistema fiscal, poder judicial, alto funcionariado ministerial, aparato aleccionador, sistema de Estado-mercado, partidocracia y capitalismo de Estado) en la forma de ente estatal español, notablemente vigorizado, ampliado y multiplicado, por ello muchísimo más apto para mega-dominar a las clases subalternas y pueblos diferenciados en el interior y competir con los otros Estados en el exterior.

La república del 14 de abril de 1931 ha sido uno de los sistemas políticos utilizados por las clases poderhabientes españolas en el siglo XX para buscar remedio a lo que se denominó “*el problema de España*”, su supuesto “*atraso*” económico, industrial y tecnológico (en definitiva militar, como potencia imperialista exportadora de capitales y colonial) respecto a los países europeos punteros. Es, en consecuencia, un excelente ejemplo de lo que se conoce en la denominada ciencia política como preservación con fortalecimiento a través del cambio, o “*revolución desde arriba*”.

Estar libres de prejuicios sobre la cuestión del Estado es necesario a la hora de emprender la presente investigación, debido a que en ella el artefacto estatal, sobre todo su componente principal, el ejército, aparece fácticamente como el agente fundamental de los acontecimientos. Quienes presentan al ente estatal como institución a celebrar porque, arguyen, cumple una función

“redistribuidora” de la renta, “educa” con la enseñanza “pública” a las clases trabajadoras, otorga atención sanitaria universal o cualquier otra aserción enaltecedora deberían recapacitar sobre lo que Ortega, tan vinculado a la materia que vamos a estudiar, la II república, argumenta al respecto, “*el mando y, por consiguiente, el Estado son siempre, en última instancia, violencia*”¹.

Fue el ejército español, sobre todo, quien trajo e impuso la II república en 1929-1931 y fue luego también el que la liquidó en 1936-1939, una vez que aquélla mostró su incapacidad e impotencia para realizar con éxito el proyecto estratégico que los poderes fácticos españoles le habían encomendado. El carácter en definitiva militarista de la II república explica su dureza represiva en 1931-1936, años que fueron una fúnebre sucesión de matanzas de trabajadores, realizadas por las fuerzas policiales y el ejército, a las órdenes de los diversos gobiernos republicanos, de izquierdas tanto como de derechas.

A aquellos que, dejándose llevar por arrebatos líricos poco meditados, afirman que la II república fue el “*primer régimen democrático de España*” el poemario “**Europa**”, de Julio Martínez Mesanza, les llama a la cautela, “*Me dicen que en las tierras del oestella muchedumbre elije a sus tiranos. / Hacia el caduco oeste me encamino*”.

La república del 14 de abril es un ejemplo excelente de lo que se ha denominado “*preservación a través del cambio*”. Preservación ¿de qué? De todo el aparato de poder económico, político, militar, judicial, partidocrático, académico y mediático español. Cambio ¿de qué? Sólo de los modos de dominación, de las formas de Estado. Lo esencial subsiste y lo inessential muda.

Mi intención es investigar la objetividad y validez de la interpretación progresista sobre la II república española, 1931-1936, que la presenta como un régimen político, económico, social y cultural magnífico, por avanzado, popular e incluso revolucionario. De ahí que sólo se estudian los tres periodos tenidos como “positivos” por la gran mayoría de los historiadores, el del gobierno provisional republicano, desde el 14 de abril a las elecciones de junio de 1931;

.....

1 En “Del imperio romano”, 1940, tomo VI, OC.

los dos años largos de gobierno republicano-socialista, o “*bienio progresista*”, que operó desde esa fecha a noviembre de 1933, cuando resultó vencedora en las urnas la derecha, y la etapa del Frente Popular, febrero a julio de 1936. No se estudiará el denominado “*bienio negro*”, básicamente 1934-1935, en el que las fuerzas derechistas detentaron el poder gubernamental. Comoquiera que fue entonces cuando aconteció la insurrección proletaria, campesina y popular asturiana, en octubre de 1934, ésta tampoco será objeto de análisis.

Concibo el presente trabajo como una contribución a comprender nuestra historia inmediata más allá de ideologías, intereses partidistas y otras parcialidades. En lo metodológico ha sido una sorpresa constatar lo poco que sabemos, a fin de cuentas, sobre un acontecimiento histórico tan próximo, y acerca del cual se ha escrito y dicho tantísimo. Hay lagunas fundamentales en numerosas materias de primera importancia, lo que se señalará en un cierto número de casos. En las que poseemos un conocimiento algo mayor, las insuficiencias, escasez de datos, parvedad de los análisis parciales, enfoque presentista e inadecuadas interpretaciones globales son todavía de determinante importancia.

El enfoque es popular, pero no populista. Lo que cuenta es historiar el hacer y obrar del pueblo/pueblos, en sus aciertos y desaciertos, y sólo de manera secundaria el de las instituciones gubernamentales y estatales, sean monárquicas, republicanas o franquistas, incluidos en ellas los partidos políticos y sus “líderes”. El libro está pensado y construido mirando en primer lugar la base de la sociedad, la gente común, y sólo secundariamente los sistemas de poder, las personalidades y la gente “importante”.

Mi ilusión es que este libro, abundante en limitaciones, vacíos y carencias, sirva para estimular otros que vayan paso a paso reconstruyendo la verdad posible sobre la república del 14 de abril, en sí misma y como preámbulo imprescindible para mejor inteligir la guerra civil, que en lo esencial fue una guerra preventiva contra una situación cuasi-revolucionaria en desarrollo de las clases trabajadoras, en particular de las rurales, en muchos territorios sometidos al Estado español.

El texto, he de advertirlo, puede ocasionar sorpresa, al verificar que no está organizado y que no ofrece unos contenidos estructurados conforme al ideario

cartesiano, demandante de un saber “claro y distinto”. He escogido que sea así porque el racionalismo, en su deseo de un conocimiento apodíctico, completamente persuasivo y por completo explicativo, capaz de proporcionar a la mente satisfacción y placidez por lo fácil, coherente y ordenado de los resultados, se niega a admitir que la realidad nunca puede entenderse con la necesaria objetividad en esos términos.

Descartes alienta a alterar sustantivamente lo real desde la mente pensante para “comprender”, cuando de lo que se trata es de afirmar lo que es en sí, y esperar que, a continuación, podamos inteligir objetivamente algo, sea mucho o poco, más o menos, de la realidad. Para aquél conocer es adularse organizando, autoengañarse simplificando. Lo deseable, por el contrario, es aceptar la complejidad del mundo y de los seres, con su carga de incertidumbre, desconcierto, imprevisibilidad, desequilibrios, antinomias, temporalidad y fluidez caótica. A mi entender, el conocimiento de la historia necesita más de la filosofía de la complejidad de Edgar Morin que de la simplicidad beatífica del racionalismo. Y eso se manifiesta no sólo en los contenidos, sino en la forma de organizar el texto, describir los acontecimientos, ofrecer los análisis y estructurar el conjunto de la obra.

Si consigo transmitir a quienes me lean la impresión de formidable confusión, persistente perplejidad y enorme desconcierto que me ha embargado durante el tiempo que he estado investigando, madurando, redactando y corrigiendo el libro habré transferido el estado de ánimo más próximo a la percepción realista de los acontecimientos analizados, por sí de una complejidad abrumadora, y también habré hecho lo mejor para promover el impulso psíquico primordial hacia la elaboración de nuevas investigaciones.

Deseo, en síntesis, que mi libro cause insatisfacción, además de una sensación de confusión y desorden no resueltos, para que las mentes de quienes lo lean se sientan impulsadas a desarrollar su propia reflexión y búsqueda independientes.

Yendo a cuestiones puntuales diré que el uso que hago del vocablo “*España*” es doble y equívoco. A veces hace referencia a “*la nación española*” de la prosopopeya liberal y constitucional, que nombra a la potencia dominante de los pueblos no españoles, o dominados, dentro de la península Ibérica e islas. En otras ocasiones tiene el significado de lo que algunos denominan

“Estado español”, o conjunto de territorios, españoles y no españoles, sometidos al poder del Estado de España. Debido a que este estudio se refiere en numerosas ocasiones, por imposición de la realidad misma, al Estado español en tanto que maquinaria para el ejercicio del poder, o artefacto estatal, no me ha parecido adecuado usar aquella expresión, así que dejo a la capacidad explicativa del contexto, en cada caso, la pertinente concreción del significado del término.

A menudo aparece la fórmula pueblo/pueblos. Pueblo es un universal que se refiere al conjunto de los sin poder, de los dominados, empleada en el sentido más general y aplicable a la totalidad de aquéllos. Pueblos concreta esa expresión advirtiendo que bajo el poder del Estado español hay diversas comunidades humanas singulares y con personalidad propia, varios pueblos, cada uno con su idioma, cultura e historia.

Agradezco la asistencia, grande, persistente y múltiple, que me han proporcionado diversas personas, mujeres y varones, para hacer este libro. Sus reflexiones, recomendaciones de lecturas, discrepancias y puntualizaciones han sido señaladamente valiosas. Sobre todo, deseo manifestar reconocimiento y congratulación a quienes me han ayudado a corregir el original, en los contenidos tanto como en las formas.

Otoño 2013 - Verano 2015



Epistemología y Política

En esta complicada y delicada tarea, el análisis de una experiencia histórica fundamental que, lejos de ser sólo pasado, es sobre todo controvertido presente, lo que se necesita es objetividad y rigor. La historiografía sobre la II república española, así como la percepción vulgar que suele haber de ella, abunda en suposiciones y sobreentendidos, en espejismos y creencias no fundamentadas, en quimeras y especulaciones por el presentismo o inclemente subordinación de la verdad histórica a los intereses políticos del día. En consecuencia, está bastante escasa de serenidad, aspiración a la exactitud e imparcialidad. Ante todo ello el estado de ánimo de quienes sitúan en primer lugar la objetividad y la verdad es de “ira, rabia y dolor fuerte”, según la calderoniana expresión.

En discordancia con eso, el libro ha sido investigado, pensado y escrito conforme a la recomendación de Tácito, “*sine ira et studio*”, esto es, “*sin ira y sin parcialidad*”. Su meta es comprender los hasta ahora misteriosos orígenes, difícil desenvolvimiento y trágico final de la II república española tal y como fue en los hechos, en la experiencia, documentalmente, con la intención de alcanzar conclusiones fiables, gusten o disgusten a los profesionales de la política, sean de derechas o de izquierdas.

Frente a la balumba de las interpretaciones interesadas sobre nuestra historia contemporánea la guía metodológica no puede ser otra que el escepticismo verificativo. Esto demanda valentía intelectual. La historia no ha de rebajarse

a ideología encubridora ni a trabazón charlatanesca ni a un despliegue de victimismo, ni es admisible que consista en una sucesión de aseveraciones sin base documental. Sobre todo, no puede ser escrita por la partitocracia y sus agentes con fines electoralistas, esto es, de captura de votos, acaparamiento de empleos estatales y enriquecimiento personal, legal e ilegal.

La única historia que merece ser admitida y respetada es la que se hace desde el documento, aprehendiendo la totalidad finita de los hechos y realizando enunciados desde éstos, con éstos y a través de éstos. Captados los hechos e inteligidos desde sí mismos sobran las teorías, están demás los sistemas, se ha de prescindir de las “*verdades de razón*” y hay que dejar de lado los intereses de partido. El saber demostrativo basado en hechos es el único apto para comprender el proceso histórico y, en consecuencia, para realizarlo de manera consciente en el presente, en tanto que sujetos reflexivos y actores comprometidos.

Lejos de subordinar la verdad a la política la noción epistemológica que organiza este libro sostiene que la política ha de surgir desde la verdad, someterse a ella, formularse con ella y efectuarse desde ella. Demóstenes adujo que lo que el ser humano tiene de similar a los dioses es “*el obrar con rectitud y el hablar con verdad*”. Ambas virtudes son necesarias al reconsiderar nuestra herencia histórica, el rigor moral y el deseo de conocer y expresar, aunque duela a algunos y atraiga agresiones, la verdad concreta-finita.

En lo epistemológico la posición de casi toda la historiografía disponible es impropia. No hay, por lo común, un sólido, esto es, un largo y fatigoso trabajo, básico y previo, de acopio de datos e investigación fáctica. Las preguntas fundamentales no son enunciadas ni, en consecuencia, investigadas. Domina un enfoque personalista y politicista-partidista que culmina en una exposición simplona y pueril, abundante en anécdotas y superficialidades. Las materias decisiva del qué y el porqué, del quién profundo y el para qué estratégico no se formulan. La parcialidad, la toma de partido a favor de la II república, porque aparentemente fue lo opuesto del franquismo, se considera algo legítimo e incluso natural. Esto impide investigar, y por tanto comprender, las causas últimas.

Tal renuncia a pensar para reducirse al cómodo escenario de los lugares comunes y los dogmatismos, los tópicos y las consignas, por lo general bien subvencionadas, contiene un grave atentado a las facultades reflexivas del sujeto, y es una de las formas más eficaces de fabricarle como ser nada, como “*hombre sin atributos*”, para tomar la expresión, tan iluminadora, de Robert Musil. Dicho sea de paso, ese ser humano “sin atributos”, nulificado y deshumanizado, servil y desestructurado, ininteligente¹ e hiper-sometido es la creación por excelencia de la modernidad, de la que la segunda república española resultó ser manifestación señera.

Todo eso es deletéreo para el avance de nuestro conocimiento sobre historia contemporánea. No necesitamos soflamas partidistas ni narraciones noveleras ni textos mercenarios ni adoctrinamiento progresista ni pantomimas “críticas” ni subsidiadas denuncias airadas ni historiografía partitocrática ni exhibición de llagas, sino verdades, sólo verdades. Verdades hasta donde la falible, premiosa y finita mente humana está en condiciones de formular, esto es, concretas, limitadas, impuras, incompletas y circunstanciales², pero verdades al fin, diferenciables de los errores, las mentiras y el aleccionamiento. Es preocupante que a la propaganda franquista se oponga, por lo general, la propaganda pro-republicana, pues la certeza no está ni en la una ni en la otra, de la misma manera que el pueblo/pueblos, en la II república y luego en la guerra civil, no estuvo con ninguno de los dos contendientes, como luego se expondrá.

El estado de conciencia orientador de la investigación sobre el periodo de la II república ha de ser el de la tantas veces citada frase de Spinoza, “*en lo que concierne a las cosas humanas, ni reír, ni llorar, ni indignarse, sino comprender*”. Exactamente: comprender, inteligir, ahondar en la investigación y localización de los porqués.

.....

1 Apunta Herbert Marcuse, en “**El hombre unidimensional**”, que la sociedad contemporánea ocasiona “*idiotización*” universal. Eso significa que el ser humano es anulado intelectivamente, reducido a la condición de animal o cosa, lo que afecta al saber histórico y se manifiesta como calidad decreciente de los textos historiográficos.

2 John Locke, en “**Ensayo sobre el entendimiento humano**” sostiene que “*el conocimiento no siempre es claro*” y que “*nuestra ignorancia siempre es muy grande*”. En lo referente a la historia de la II república española esos dos asertos se cumplen con rigurosidad.